Asterisco: Del monte y los caminos

Victoriano Crémer

ANDAMOS por la calle; conversamos con gentes conocidas; contemplamos sin emoción la habitual puesta del Sol, vivimos, en suma, sin complicaciones, hasta que de pronto, alguien, señalándonos, rescatándonos de la costumbre un nombre, un hombre, nos dice: "Es un poeta". Y de pronto, todo se nos transforma, todo lo que fuera hasta aquél preciso instante anécdota cotidiana, se nos sube a la garganta como un profundo, como un insólito sollozo. Nos llora el alma de alegría, de pura sorpresa, de gozo descubridor. Y ya ni la calle ni las palabras que cruzamos al paso, ni el explosivo declinar del Sol, nos parecen azar previsto, sino milagrosa aparición. Esta es la fuerza de la poesía y ésta su pujante influencia.

Cuando, como todos los días, pisábamos nuestras huellas antiguas por las calles de la ciudad, alguien hizo sonar en nuestro oído: -¡Cuidado, es un poeta! Y la figura sonriente, amiga, casi familiar de Antonio Pereira, se nos transformó venturosamente en lo increíble. Y tomamos su libro: "Del Monte y los Caminos", y corrimos a recluirnos bajo la incipiente fronda de un pequeño jardín. Porque la poesía, pese a sus afanes públicos, y publicitarios continúa siendo un gozo y una compensación y un recurso sublime para llenar las más dulces soledades.

De la poesía se han intentado las traducciones y definiciones más decisivas, sobre todo en estos últimos tiempos, en los cuales, a fuerza de sentir la dureza de nuestra corteza y el a hervor atormentado de la sangre, hemos perdido esa capacidad de aislamiento poético en que el hombre se rehace. Se ha dicho; se dice, que la poesía es comunicación, también que la poesía es biografía. Todo es posible y todo es verdad. Concretamente, este libro de Antonio Pereira es una profunda, conmovida y dulce transcripción biográfica del recuerdo; que es tanto como decir de la vida madurarla. Hay, contenida en sus páginas, mucha historia personal, pero también, o sobre todo, mucha intrahistoria de gentes, de tierras, de nostalgias que alimentan los fuertes orígenes de la hombredad del autor.

Los recuerdos, los sucesos, los perfiles borrosos del paisaje, el contorno de los seres que desfilan, no imponen en ningún momento su trazo externo, sino que, por el contrario, se dejan conmover y transmutar en poesía. Ni siquiera cuando el historiador reconstruye la figura del "Rubio", tan peligrosamente inclinada hacia lo social, se deja ganar por la comodidad de la transcripción realista y reconstruye lo mejor de sus íntimos latidos:

"Termina aquí tu historia,

dulce animal tendido que recorres

con un ojo cansado el familiar contorno

de la pobreza...»

Y si los objetos se le proponen en su estricta condición vulgar, convierte su descripción en una canción entrañable, con resonancias a cobres, a hierros y aceros casi míticos:

"Podré olvidar el color

de las cosas que me vieron

crecer desde los estantes,

pero su canción no puedo…"

Antonio Pereira, poeta de ese León berciano de tan profunda y dulce música ha construido con amor y con delicadeza la biografía de un tiempo, de unas gentes amadas, de un paisaje siempre presente, Villafranca del Bierzo. Y su verso, de nobilísima y levantada entonación, nos suena dulcemente, nos lleva con delicados tirones del alma hacia ese rincón íntimo, en donde

" El hombre habla hacia dentro y se contempla

en el espejo cóncavo del alma...»